

2

ESPAÑA

1994

una interpretación
de su realidad social

CECS

Fundación Encuentro

Distribución:

Grupo Mundi-Prensa

• **Mundi-Prensa, S. A.**

Castelló, 27 - 28001 Madrid
Tel. 431 33 99 - Fax 575 39 98

• **Aedos, S. A., Librería y Editorial**

Conseil de Cent, 391 - 08009 Barcelona
Tel. 488 34 92 - Fax 487 76 59

• **Mundi-Prensa México, S. A. de C. V.**

Río Pánuco, 141 - Col. Cuauhtémoc
06500 México, D. F.
Tel. 533 56 58 - Fax 514 67 99



Edita: Fundación Encuentro
Alvarez de Baena, 7, Bajo
28006 Madrid

ISBN: 84-89019-01-0
ISSN: 1134-8178
Depósito Legal: M-17859-1995

Fotocomposición e Impresión: Albadalejo, S.L.
Albadalejo, 6 - 28037 Madrid

PARTE PRIMERA**CONSIDERACIONES GENERALES**

XIII

- | | |
|---|-------|
| 1.—Atrapados por la «actualidad» | XVI |
| 2.—Bloqueados por los «cortoplacistas» | XXII |
| 3.—Soñar como poetas sin confundir la realidad con la ficción | XXXIV |

Parte Primera

CONSIDERACIONES GENERALES

No fue lo que se dice un buen año.

Sin salir de Europa, espacio obligado de nuestro futuro, basta recordar algunos de los acontecimientos más significativos de 1994. La Unión Europea creció en tamaño, pero no en popularidad. El abismo entre la retórica y la realidad europea es ya insostenible. Dígase lo mismo de las diferencias entre en el «núcleo europeo» y los países de economía periférica. Los europeos han sido escarnecidos y ridiculizados en Bosnia. No es fácil defender la Unión y refutar los argumentos que esgrimen los euroescépticos. Se habla ya de la «refundación europea». Los referendos nacionales, en la hipótesis probable de tener que ratificar los nuevos acuerdos de la Conferencia Intergubernamental de 1996, pueden provocar más escisiones dentro de cada país. La incapacidad de Europa se demostró no sólo en Bosnia: sigue pendiente la gran cuestión del desempleo, tan cercana a nosotros.

En este horizonte de incertidumbre y negros nubarrones pudimos disfrutar de algunos rayos de esperanza. Los hemos olvidado con demasiada facilidad. Fue el año de oro del deporte español: 462 medallas ganadas en treinta y ocho modalidades deportivas. Pasaron las emociones nacionales de los 100 metros espalda, del triple éxito de los maratonianos, de Roland Garros, del Tour, etc.

La espectacular reacción popular de solidaridad con Ruanda, la nueva presencia pública de las ONGs españolas, la singular aceptación de la Plataforma por el 0,7 para el desarrollo del Tercer Mundo. Estos acontecimientos son de los que «hacen historia», al manifestar nuevos comportamientos en sectores amplios de la sociedad, especialmente de la población juvenil. Pero aun las mejores noticias duran poco tiempo en el ánimo de las gentes.

El fuego devoró 248.215 hectáreas de superficie arbolada y 183.844 de no arbolada. En incendios forestales, 1994 fue el peor año del último decenio, sólo comparable con 1985. La superficie quemada aumentó un 113% respecto a la de 1990. El hecho de que más del 50% de estos fuegos se deba a la negligencia humana, e incluso sean provocados, contrasta con las actitudes solidarias que acabamos de subrayar. Lo que es de todos lo maltratamos como si no tuviera dueño. Comenzamos a lamentar las consecuencias de nuestra despreocupación por el medio ambiente.

El año 1994 podría ser recordado también por la reforma del mercado de trabajo, por las consecuentes confrontaciones de los sindicatos con el Gobierno y por su incidencia en los signos de recuperación económica. Las cifras de la Contabilidad Nacional del tercer trimestre del año anunciaban el final del ciclo de receso de nuestra economía. El PIB había aumentado un 2,3%. Las previsiones de la OCDE entonces eran de un crecimiento del 2,9% en 1995 y del 3,3% en 1996. El mismo organismo ya anunciaba que este crecimiento no se notaría en la disminución de la tasa de paro. La desconfianza de los españoles ante la recuperación efectiva de la economía se reflejaba en el mantenimiento de su actitud conservadora ante el consumo, atribuible, entre otras causas, al temido endeudamiento de las familias, a la inseguridad psicológica derivada de la precarización del empleo y al clima de incertidumbre política.

No somos pesimistas. Ha llegado el momento de recuperar los proyectos de futuro. Estas consideraciones giran en torno a tres desafíos: librarnos de un presente excesivamente redundante; tomar más en serio el pensamiento a largo plazo; y respetar las fronteras entre la ficción y la realidad.

1. Atrapados por la «actualidad»

Si atendemos a su presencia reiterada y gritona en los medios de comunicación, sin duda el acontecimiento del año fue el debate sobre la corrupción. La alarma social provocada por la desvelación de prácticas intolerables atribuidas a agentes políticos y a instituciones financieras privadas marca un punto de inflexión significativo en nuestro proceso democrático. Nos ocuparemos expresamente de este fenómeno en la parte segunda del Informe. Sin embargo, es menester adelantar aquí algunas consideraciones sobre lo que podría llamarse «revolución del discurso público».

Como es sabido, el término «revolución» procede de la astronomía¹. En el mundo de la opinión y de la política determinados acontecimientos, en circunstancias concretas, cambian el giro de los «as-

¹ Aparece en el libro de Copérnico titulado *De revolutionibus orbium caelestium* (1543). Dos siglos más tarde Kant aplica el término «revolución» o «giro copernicano» a su propia obra en el mundo del pensamiento. El deslizamiento hacia el mundo político se desarrolla tras la *revolución* inglesa de 1588.

tros» en el espacio público. Los revolucionarios franceses atribuían al lenguaje una importancia extraordinaria. No podemos dejar de citar el siguiente texto, contenido en el panfleto *L'abus des mots*, procedente del bando reaccionario o «aristócrata»: «*El abuso de las palabras es uno de los principales medios que se han empleado para someter a servidumbre a los pueblos...Cuidemos, pues, ciudadanos, de no dejarnos engañar por las palabras, cuando el sentido de ciertas expresiones...nos cargará de cadenas hablándonos de libertad*»².

Encerrados en la «esfera mediática»

Alain Minc acaba de anunciar el tercer ciclo de las democracias occidentales. El primero correspondería a la democracia propiamente parlamentaria y el segundo a la democracia de partidos de masas representantes de los intereses sociales. El desarrollo de las tecnologías de la comunicación política, con su potente influencia en la organización del poder, habría convertido a la «opinión pública» en el nuevo soberano. Este tercer ciclo podría reconocerse como «democracia de la opinión». No es cuestión de tomar posiciones a favor o en contra del poder mediático. Ya circula el nuevo léxico con tintes peyorativos: «mediocracia», «telecracia», «videocracia» y «sondeocracia». A los españoles no les gustan los dilemas. Prefieren las localidades de sol o de sombra para contemplar la vida. En este caso no se trata de optar por la concesión ingenua de la organización del poder al sistema de gravitación mediática ni de hacerse fuertes en las formas tradicionales de la democracia como si fueran absolutamente incompatibles con un poder foráneo que se antoja incontrolable.

La organización específica del poder en el espacio y en el tiempo puede cambiar, tiene que adaptarse, como un instrumento, a la consecución de los ideales democráticos de libertad, justicia, igualdad y pluralismo político. Cambia el orden social y surgen nuevas necesidades y demandas. ¿No están introduciendo ya las nuevas técnicas de comunicación nuevas formas en el ejercicio del liderazgo y del debate público y en la expresión de la soberanía ciudadana? Al grito de transparencia democrática concurren todos los profesionales de la co-

² Citado por Eduardo García de Enterría en su discurso de entrada en la Academia Española de la Lengua, «La lengua de los derechos. La formación del Derecho Público europeo tras la Revolución Francesa», Madrid, 1994, p. 35.

municación dispuestos a hacernos soñar con la posibilidad de formas de «democracia directa».

Un líder nace y se forma ahora en los medios de comunicación de masas. Ellos deciden sobre el candidato que ofrece más posibilidades de imagen y más facultades comunicativas. El líder, él solo, capta los votos mediante la comunicación directa con cada uno de sus electores a través de la televisión, la radio y los sondeos. El ingrediente personalista del poder, descrito por Max Weber, recobra especial actualidad: uno de los móviles más poderosos de la acción política reside en la satisfacción que el hombre experimenta al trabajar no para un programa abstracto de un partido integrado por mediocridades, sino para la persona de un jefe al que se entrega confiadamente. Esta observación weberiana emerge ahora con nitidez en la evolución de los partidos políticos.

En tiempos de navegación difícil, los viajeros del barco prefieren elegir a un capitán con reflejos rápidos y excelente conocimiento de vientos y mareas. Se puede confiar en el poder personal, porque se confía en los controles constitucionales. El voto ciudadano, cada vez más volátil, está sometido a constantes y mudables sensaciones mediáticas. Los sondeos han hecho posible captar los distintos y sucesivos estados de ánimo de la población. Tampoco tiene el lector la impresión de que existan grandes diferencias entre los programas de los líderes. Se llega a pensar en la deslegitimación del poder por el hecho de que aparezca en las encuestas un desplazamiento de la intención de voto o una nueva mayoría en las urnas, aunque la consulta responda a la constitución de entes locales y regionales o a la elección de representantes para el Parlamento Europeo. Vivimos atrapados por la «política del instante».

La comunidad política ideal tiene que evitar tres peligros: que la búsqueda del bien común se transforme en política de conformismo masivo; que el pluralismo y la diversidad degeneren en una política de balcanización y de facciones; y que el servicio al hombre degeneren en una política de aislamiento. Estas tres grandes cuestiones se convierten en los desafíos de nuestro sistema democrático a la altura de nuestro tiempo³.

³ La argumentación sobre estos tres grandes riesgos que amenazan fatalmente a la «democracia electrónica» puede verse en los estudios *The Electronic Commonwealth* y *The Impact of Technologies on Democratic Politics*, debidos a J.B. Abranson, F.C. Arntson y G.R. Orren (Nueva York, 1988).

La «democracia electrónica» puede dar respuestas diferentes a cada uno de estos tres interrogantes. No convencen los discursos de «neutralidad» de las tecnologías. No todo depende de la voluntad humana. En la tecnología mediática, cada medio comporta modalidades específicas que afectan al mensaje y determinan su sentido y alcance, aun en contra de las intenciones de los mismos profesionales. No pocos efectos están determinados por la propia naturaleza del medio. Con todo, el margen de manipulación es amplio.

Mucho más cuando urgen fines políticos inmediatos, como es el caso de la captación de votos en la campaña electoral. Entonces la democracia se convierte en un mercado y el elector es tratado y examinado como un simple consumidor. Los criterios de *marketing* dictan las palabras, los gestos estudiados y hasta el vestido de los líderes, cautivos de sus asesores de imagen. Inútil buscar la coherencia entre sus distintos discursos en una misma campaña. Cada público local o estamental tiene sus preferencias particulares, con las que hay que pactar para conseguir su voto. Los programas verdaderos tienen que disimular el «sentido único» y, por eso, prefieren esbozar algunos rasgos en la nube de los buenos deseos. Da más resultado hacer promesas fragmentadas, como trozos flotantes en el espacio de una realidad indeterminada. El líder es poco más que un *spot* publicitario. Importa más impresionar que convencer, mover las voluntades que hacer funcionar la inteligencia. Así se facilita la pasividad del elector, convertido en mero espectador que aplaude a unos y silva a otros al final del certamen. También puede darse el caso de que los mensajes uniformes, fascinantes y reiterativos terminen por cansar y adormilar a no pocos electores, que preferirán abstenerse. Los sondeos mezclan, en grados distintos, mensaje, consulta y decisión. Actúan como redes para pescar el voto volátil. Lo de ayer ya no vale para hoy. Hay que coincidir con el estado de ánimo de cada momento.

Jean Baudrillard compara la situación del televidente adicto con el «arresto domiciliario» dentro de la esfera televisiva. Su libertad consiste en cambiar de ánimo cada diez minutos, en estado de indignación, de compasión o de placentera diversión. El efecto de las imágenes más patéticas de Ruanda o de Bosnia se borra con la emoción de una telenovela o con la curiosidad de un concurso. Este carrusel sentimental contribuye a aumentar la indiferencia ante los problemas de todos.

Esto no quiere decir que desestimemos las grandes contribuciones positivas que los medios aportan al sistema democrático: pueden actuar como antídoto poderoso de una democracia enferma de sectaris-

mo y de aislamiento del individuo por medio de la información y el diálogo. La electrónica anula la distancia y el tiempo. El pronunciamiento o la decisión política pueden producirse en el tiempo real de los hechos. La unidad de tiempo político es de minutos, o de horas, como máximo. Esta posibilidad de prever y zanjar casi en su origen los procesos perversos sería otro gran servicio de los medios. Acortar las distancias o ensanchar la participación en los debates y decisiones, en las reuniones y asambleas, buscar el diálogo en vez del enfrentamiento partidista, pertenece al buen uso de los medios de comunicación.

El desarrollo de la tecnología mediática ha puesto al alcance de la sociedad instrumentos más flexibles y eficaces para formular sus demandas. Ante las cámaras todos quieren hablar, aunque la mayoría tenga poco o nada que decir. No deja de sorprender el alto grado de credibilidad que los españoles conceden a los medios, muy por encima del que deberían profesar a la clase política.

Durante el año 1994 creció el malestar en la democracia española. Los medios de comunicación fueron utilizados más para enfrentar a las personas y grupos que para informar o discutir sobre los asuntos que los dividían. Los estudios de radio y televisión se prestan con más facilidad al espectáculo del careo que al debate dialógico. A menudo a la libertad de expresión no se le da otro sentido que el del derecho a discrepar y, a ser posible, en casi todo, para diversión de los telespectadores. Se dice que lo propio del medio es el espectáculo –incluida la excitación de las meninges– y no el debate razonado. Esto parece más atractivo para la audiencia. Los matices, las reflexiones, aburren, no interesan. Este espectáculo no es de pluralidad, sino de soliloquios reiterativos y de intolerancia, que es lo contrario de la pluralidad. En el cambio de rasante al que aludíamos en el Informe primero⁴, al perder la visión de la carretera, en vez de esforzarnos por la lucidez, hemos entablado una enconada discusión sobre la continuidad de la calzada.

⁴ CECS, *España 1993. Una interpretación de su realidad social*, Fundación Encuentro, Madrid, 1994.

Pendientes de la noticia

Los nombres de las cosas son ya las cosas. La realidad de las cosas no se reduce a la pura evocación. Pero el nombre es parte sustancial de esa realidad; determina nuestra visión y conducta. La tradicional separación entre la realidad y la representación de la realidad se ha debilitado hasta hacerse imperceptible. Las palabras son realidades. En la terminología marxiana tendríamos que considerarlas como parte integrante de la infraestructura.

Asistimos a una creciente preeminencia de la «actualidad». Se informa en tiempo real de los hechos. El gigantesco desarrollo de las agencias, de la transmisión de sonido e imagen, lanza cada minuto torrentes de noticias, pequeñas piezas de la realidad fragmentada. Algo es «actual» en la medida en que es improbable, singular, aunque resulte aleatorio y accidental. Lo último que ha llegado a la redacción, lo que se sabe y puede publicarse en exclusiva. La actualidad reduce la realidad, la simplifica, despierta más interés y puede llegar a eclipsarla.

A pesar de su enorme capacidad, las agencias tienen que seleccionar. Aquello que no es transmitido deja de existir. En la mesa de redacción el periodista se siente bloqueado por el torbellino de hechos virtuales. Todo no cabe en el espacio del audiovisual o en las 50 páginas de información del periódico. También él tendrá que condenar muchas noticias a la papelera todos los días. Estas dejarán de existir. Lo que no se publica no es conocido; lo que no es conocido no ha existido. De nuevo la actualidad reduce el conocimiento de la realidad. El periodista es un prisionero de la actualidad.

Nos ha tocado vivir en una «realidad virtual» trepidante. Casi todas las noticias son excitantes y, en su inmensa mayoría, alarmantes. La «opinión pública» española de 1994 vivió de sobresaltos. En los espacios de prensa y del audiovisual predominaron constantemente los rasgos negros de la política nacional. Absorbidos por el escándalo de cada día, inseguros por el devenir económico, molestos con la estéril crispación política, nadie podía hacer otra cosa que estar atento a lo que podría suceder en cada momento. Los hechos, muchas veces micro-hechos, no muestran el rostro propio del sentido. No aparece claramente su trascendencia. Las gentes viven de conjeturas y de oscuros presagios. Ninguna interpretación es fiable. Como si hubiera que conducir a través de la espesa niebla, pendientes en todo momento del espejo retrovisor.

Esto es lo que entendemos cuando decimos que vivimos atrapados por la actualidad, bajo el peso de un presente redundante. Nos pre-

siona de tal manera que anula cualquier intento de proyecto. Ni futuro ni pasado, exclusivamente el presente, vivido con obsesión. «Vivir la vida» en ese horizonte estrecho significa aprovechar todos los impulsos del instante y buscar las sensaciones más intensas.

El presente son las personas, los psicodramas políticos, el proceso de intenciones, la interpretación del personaje que les atribuimos en el teatro público. El presente es el momento en el que el juego de los focos ilumina al que consideramos protagonista de la escena. Los desafíos comunes pertenecen al futuro. Un porvenir que no interesa hasta que salga a escena nuestro actor favorito. Está claro que las audiencias millonarias se sienten más atraídas por la representación escénica del drama personal de los políticos que por los planteamientos de los problemas comunes. La noticia es la persona, su último gesto, la reacción o respuesta del adversario, la confianza o el desdén para con cada uno de los actores, sin entrar propiamente en el argumento ni en la consideración del proyecto. Las gentes están hoy cautivadas por la fascinación del presente.

2. Bloqueados por los «cortoplacistas»

Los hombres del «corto plazo» han predominado casi siempre en la escena pública española. No se trata sólo de los políticos cuyo futuro no supera los cuatro años. Los emprendedores de cualquier tipo no parecen estar preparados para viajes de largo recorrido. A los empresarios, profesionales y trabajadores les gustan las estaciones de cercanías. La ausencia de pensamiento a largo plazo es endémica en España. Una de las enfermedades más graves de nuestra sociedad. Se habla de este mal como si sólo dañara a nuestro mundo productivo. Por desgracia, impregna nuestra forma de pensar y valorar, nuestra manera de organizarnos y autorregularnos en los comportamientos colectivos. La clase dirigente rara vez transmite otra cosa que impulsos y realizaciones de corto alcance. En el éxito se valora mucho más que se alcance de manera inmediata que el esfuerzo por conseguirlo. Ganar lo más posible en el menor tiempo posible parece ser el eslogan que brilla y deslumbra en el universo ideal de la inmensa mayoría de la población española.

Tres dimensiones fundamentales caracterizan la puesta en marcha de un proyecto a largo plazo: la fe en la perspectiva de futuro por encima de la insatisfactoria dimensión de presente; la preferencia por

los asuntos, de manera que sean éstos los que rijan la elección de las personas; y el empeño por los pactos o contratos de larga duración, venciendo el apego a los frutos inmediatos.

Tengamos en cuenta que un proyecto es por sí mismo una irrealidad, sólo perceptible mediante la acumulación y cruce de conocimientos. La inteligencia humana es creadora de conocimientos y de metas. Su carácter impalpable dificultará su aceptación en el mercado para recabar recursos tanto humanos como económicos. En España no basta tener una gran iniciativa. Nuestros grandes inventores e investigadores tuvieron que acudir a centros extranjeros para ponerla en práctica. Ahora parece que un proyecto sólo es grande cuando logra salir a la plaza pública anunciado por los más sonoros clarines de la celebridad. En nuestro mercado de las ideas rigen las leyes del feudalismo. El trabajo callado, paciente, de fruto a largo plazo, rara vez tiene buena prensa. En los teatros posibles de la sociedad española los sueños grandilocuentes triunfan con más facilidad. Los mecenas cobran en imagen y lógicamente prefieren las apariencias inmediatas. No es justo atribuir en exclusiva esta miopía a los políticos o a los empresarios. Es toda una cultura de la apariencia la que no nos deja ver las verdaderas empresas de futuro.

La cultura del largo plazo hizo posible la transición a la democracia. Sin ella no hubieran sido aprobadas leyes que por su misma naturaleza exigen el largo plazo. La Constitución y los Estatutos de las Autonomías son los ejemplos más evidentes. Forman parte del ser y devenir de la nación. Nos sirven de ejemplo y estímulo para recrear el pensamiento de largo alcance.

En estos pactos políticos quedó reflejado el esfuerzo histórico de las élites constituyentes y de todos los españoles para abrir el camino a un pensamiento común duradero. Se hizo un pacto solemne para pensar en común, para seguir reinvertiendo las nuevas experiencias de comprensión y cooperación. Aquel famoso consenso no fue un puro trámite. La Constitución es un gran incentivo, el instrumento de consenso para lograr el consenso. Esto no es un mero juego de palabras.

Aquella supuesta «amnesia colectiva» pactada se justifica plenamente hoy. Las ambigüedades del texto constitucional son puntos de partida, posiciones diferentes que se obligan por ley a ponerse de acuerdo en el futuro. La voluntad de entenderse fue el primer y más importante paso en firme hacia la democracia. Este es el núcleo del gran proyecto a «largo plazo» y lo que da mayor significación histórica al hecho constituyente. La ambigüedad del texto fue aceptada y hasta responsable-

mente pretendida. Todas las fuerzas políticas representadas en aquel momento pusieron en marcha una política de generosidad.

Carece de sentido culpar a la ambigüedad del Título VIII, que ordena la organización territorial del Estado y trata de solucionar el más grave y largo contencioso de nuestra historia moderna. Nadie podrá negar que los artículos de este Título VIII han proporcionado ya a nuestra convivencia nacional el más prolongado período de paz de los dos últimos siglos. Ni entonces ni ahora es justo que alguna de las partes trate de imponer una lectura única. Sencillamente porque cada una de ellas refleja una visión parcial, incapaz de albergar la integración de las diferencias. ¿Qué ha sucedido para que determinadas memorias históricas parciales emerjan ahora con su lectura particular y traten de deslegitimar otras lecturas que caben perfectamente dentro del marco constitucional?

Los grandes pactos políticos con vocación de futuro no deberían ser puestos en cuestión en la lucha partidista. Repasemos los más fundamentales.

— *La voluntad de integración nacional.* Las dos posiciones quedaron bien reflejadas en el texto del artículo 2º de la Carta Magna: dentro del mismo párrafo se afirma «la indisoluble unidad de la Nación española» y se garantiza «el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones». No hay incoherencia, sino dos polos dinámicos en tensión. No se ha pecado contra el principio de no-contradicción. Ningún conflicto se resuelve negando la existencia de uno de los factores. En la Constitución se propone un camino progresivo de «unidad integradora». Se integran las diferencias, no las uniformidades. La historia política, la experiencia democrática y los principios más elementales del derecho demuestran que es quimérica una unidad impuesta por el método de la «asimilación» y del allanamiento de las identidades. La Constitución y los Estatutos tienden a un máximo de autogobierno autonómico como camino adecuado para conseguir un alto nivel de integración. Pero el pensamiento a largo plazo obliga a mantener la mirada puesta en el futuro, superando la insatisfacción presente, para dar preferencia a los asuntos más que a las personas. La lealtad hay que asegurarla con los asuntos pactados y no esperarla únicamente de la voluntad de las personas. Los «cortoplacistas», por el contrario, desconfían del futuro, piensan en una España apocalíptica y rota por el debilitamiento del poder central. Esta gran empresa no está sólo en manos de los políticos. Nadie podrá negar el papel fundamental que en este punto juegan la «opinión pública» y los que intervienen en su formación. Todos viajamos en un tren de largo re-

corrido. No faltan, sin embargo, los que están siempre pensando «yo me bajo en la próxima».

— La Constitución significó también *un gran pacto de las fuerzas sociales*. España se constituyó en «Estado social». El Estado social de justicia es ya un proceso ambicioso. Obliga a actuar en el presente sin perder de vista el largo plazo. No puede legitimarse un progreso económico que aumenta la exclusión. Este es el segundo gran proyecto a largo plazo. Incluye dentro de él otros pactos, todos ellos a largo plazo igualmente: los referentes al sistema de enseñanza —elemental, secundaria, profesional y superior—, al de sanidad y al de pensiones. La arquitectura básica de ese Estado de Bienestar tiene que sostenerse a largo plazo y ser patrimonio común de todos los partidos. Es evidente que aquí el protagonismo no corresponde en exclusiva a los hombres del Estado. Las fuerzas sociales tienen la palabra.

— *La cuestión religiosa*, la tercera de las grandes cuestiones que preocupaban ya a Manuel Azaña en su famoso discurso de las Constituyentes de 1931, quedó perfectamente pactada para siempre en el artículo 16 de nuestra Ley Fundamental. Persisten los defensores del ateísmo de Estado y los nostálgicos del neoconfesionalismo. Los primeros no acaban de ver que el Estado laico no es «laicista», ciego ante los grupos sociales de las confesiones religiosas. Su presencia pública debe ser reconocida y respetada en el marco de las libertades constitucionales. Más aún, el texto constitucional manda a las Autoridades Públicas que mantengan con ellas «relaciones de cooperación». Este gran proyecto de colaboración tiene que ser llevado a la práctica no sólo por los responsables del Estado y de las Iglesias. Abre el camino a todos los actores sociales, a los formadores de opinión, a los profesionales de los medios y a todos los hombres de cultura ciudadana. También aquí abundan los «cortoplacistas», tanto neoconfesionalistas como ateístas.

— El Parlamento español y el Gobierno optaron con un consenso amplio por *nuestra integración en la Comunidad Europea*, hoy Unión Europea. Un análisis objetivo de los resultados en la experiencia a «corto plazo» es ya positivo. La «opinión pública», en cambio, no lo ve así. Un proyecto de tanta envergadura requería una discusión seria en el debate público. Nuestros líderes políticos parecen entender que cuestiones de Estado como ésta no deben discutirse. Nos parece un error. Las cuestiones de Estado no deben formar parte de la argumentación partidista, pero deben discutirse las estrategias, los pactos concretos y los calendarios. ¿No hubiera sido necesario para formar la «opinión pública»?

— Muy relacionadas con la integración se presentan políticas de largo alcance que no podrán llevarse a efecto si no se debaten seriamente en el Parlamento y son ampliamente comentadas y discutidas en la plaza pública. ¿Cómo puede explicarse que cuestiones como la política sobre la energía, sobre la moratoria nuclear, sobre la industria, sobre la adecuación de las instituciones financieras y sobre el medio ambiente sean negociadas sólo por los poderosos, tanto públicos como privados, como si se tratara de sus negocios particulares?

En la mayoría de estas cuestiones seguimos trampeando con soluciones de emergencia. La clase dirigente real (económica, empresarial, social y cultural) prefiere influir valiéndose del secreto de los Consejos de Administración o en los despachos ministeriales. A la «opinión pública» llegan sólo las *politics* y casi nada de las *policies*. Las tendencias dominantes en nuestra vida pública, tanto política como civil, explican por sí mismas esta inseguridad sobre el futuro. Tres nos parecen más importantes:

— *Prioridad del debate de las «formas»*. La democracia no es una estructura; es, sobre todo, una cultura. Claro que interesa el funcionamiento de las instituciones. Son los mecanismos fundamentales del Estado de Derecho democrático: el control parlamentario del ejecutivo, la centralidad del debate parlamentario y la independencia del poder judicial son las garantías del sistema. Dejan de serlo cuando se preocupan más de ellas mismas, cuando se convierten constantemente en noticia, cuando preocupa más su forma de actuar que la democracia a la que deben servir. Lo que define a una orquesta es su funcionamiento de conjunto: si carece de inspiración, se limita a leer la partitura y no la interpretar. No se ha logrado superar, a pesar del discurso contrario, el troceo partidista de órganos fundamentales del poder del Estado. Este *manierismo político* que se encubre bajo la exigencia de democratizar las formas o procedimientos se desautoriza a sí mismo al descubrir la prosaica lucha por el poder de cada partido. La obsesión por el método denuncia el malestar democrático y la decadencia de lo político.

— *Prioridad del debate del poder*. Se discute mucho sobre las personas, sobre quién debe ocupar este o aquel cargo y poco sobre las funciones y los programas o soluciones. Se deja de discutir el cómo y el para qué del poder en una visión de futuro, para debatir únicamente cómo se obtiene o retiene el poder en una visión a corto plazo. No dejan de ser expresivos los grandes éxitos editoriales —con ventas de cientos de miles de ejemplares, algo sin precedentes en España— escritos por periodistas que novelan críticamente las peripecias secretas

de los poderosos para hacerse con el poder o mantenerlo. *Asalto al poder*, *Duelo de titanes*, *Banca y poder*, *El último magnate*, *Los secretos del poder*, *Banqueros de rapiña*, *El César*, *Los hijos del César*, *La revolución silenciosa*, etc., son títulos de *best-sellers* con audiencias tan voluminosas o más que las de la prensa. La intriga del poder se teje alrededor de personas concretas y de su contexto más próximo. El autor presume de conocer hasta sus conversaciones telefónicas. Las cuestiones personales dominan prácticamente los espacios que los medios dedican a la política. Ya ni siquiera se habla de las *politics*. Interesa el psicodrama familiar del personaje y sus amigos. El lamento sobre la clase política y los políticos es general. Si se asegura que es necesario que funcione la alternativa política para bien de la democracia, ¿se trata únicamente de un intercambio de personas? Uno de nuestros vicios colectivos consiste en esperar excesivamente que el Gobierno solucione todos los problemas. Como si los ministros pudieran repartir libertad y prosperidad, no sólo el presidente. Las cuestiones propiamente tales a las que nos referíamos más arriba están prácticamente ausentes de nuestro debate público.

— *El maniqueísmo político suele tener raíces hondas en la misma sociedad civil.* De hecho, define la tercera tendencia dominante ahora en la vida política española. Este maniqueísmo representa la peor de las invasiones del moralismo en la política. En tiempos de turbulencia, de desorientación, se hace más difícil —por no decir imposible— vivir sin referencias claras a normas y certezas. Triunfan aquellos que pretenden sustituir el universo cotidiano, hecho de matices, de signos nunca evidentes y de contradicciones emergentes, por un universo monocolor en el que aparezcan nítidamente las oposiciones y se definan en negro sobre blanco las fronteras que distinguen a los buenos de los malos. Se presentan el bien y el mal como separables en mundos distintos. El maniqueísmo se manifiesta en formas diversas: en la visión simplificadora y dualista de la realidad política; en la esquizofrenia de la ideología, según lo que Nietzsche llamó «la voluntad de no ver». No se quiere ver objetivamente al adversario. Se comienza con el discurso arrogante que ignora o desprecia al adversario, al que se pretende aniquilar no físicamente, pero sí en su prestigio intelectual, moral y político. El adversario deja de ser interlocutor válido, porque se le niega la representación virtual de intereses sociales y de fuerzas políticas vigentes. La obsesión por denunciar la perversidad del adversario se disfraza de conciencia moral y adquiere una capacidad increíble de deslizamiento a todo lo político. La política no puede carecer de moral, pero la absorción de aquélla por ésta es característica de los sistemas inquisitoriales. Cuando se logra configurar públicamente al

adversario como un pervertido, el impugnador se alza como maestro de costumbres. Su discurso se hincha primero como monólogo, después como lección y llega a su engreimiento final asumiendo todos los tonos de la amonestación. Esta utilización de los reproches éticos para la confrontación vacía la política de sus ingredientes específicos. El que se considera moral porque cree conocer las dimensiones totales del hombre ha comenzado ya a no ser moral del todo. No hay moral allí donde no se pretende ayudar al otro ni entablar el diálogo para buscar en común las soluciones que interesan a todos.

Estas tres tendencias son por sí solas suficientes para explicar el ensimismamiento actual, la política de emergencia, de obstrucción y de corto plazo que eleva la crispación a niveles insoportables. El clima que crean es el más opuesto a la política, caracterizada por su naturaleza dialógica. La plaza pública se vuelve inhabitable, como si se dieran cita en ella sólo los vehículos de bomberos y de policía y las ambulancias con sus crispantes sirenas de alarma. El más ideologizado y resentido de nuestros «pícaros», *Guzmán de Alfarache*, convirtió la alegre y humana sátira del *Lazarillo de Tormes* en la moral pesimista del resentimiento. El texto siguiente podría servir para diagnosticar nuestro momento: «*Todos vivimos en asechanza los unos de los otros, como el gato para el ratón o la araña para la culebra que, hallándola descuidada, se deja colgar de un hilo y, asiéndola de la cerviz, la aprieta fuertemente, no apartándose de ella hasta que con su ponzoña la mata*». Guzmán pretende justificar su propia maldad desvelando la de la sociedad en que vive.

Nos desfogamos contra los políticos cuando su comportamiento no es otra cosa que el reflejo de la sociedad en la que actúan. Nuestros pícaros del barroco podrían haberse modernizado. Podrían sumarse a las descripciones de *Guzmán de Alfarache*: «*Todo anda revuelto, todo aprieta, todo marañado*». Y todo son consejos: «*No pongas el pie donde me viste resbalar y sírvate de aviso el tropezón que di*». La ferocidad de la vida política responde a la intolerancia e incluso a los gustos de nuestra sociedad. El moralismo agresivo se aprovecha de la indefensión de una «moral aprendida». Los españoles dicen que prefieren la claridad, como si ésta fuera criterio definitivo de la verdad. «Cantar las cuatro verdades» no es otra cosa que elevar a norma la claridad simplificadora de nuestra verdad subjetiva con terco desprecio de la realidad compleja. En esta sociedad opaca, sin horizontes ilusionantes, prospera el principio de que lo mejor es pensar en uno mismo y no desaprovechar la ocasión para eliminar al competidor.

Sabemos que una sustitución brusca de las élites dirigentes implica necesariamente un cambio de régimen. Pero, a su vez, se conocen

casos en que la mutación de régimen no ha supuesto de hecho sustitución de las élites. La pregunta no se debe circunscribir a los políticos, sino a toda la clase dirigente real o social que detenta el poder económico, mediático, intelectual, popular y político. La sociedad funciona como un suprasistema que todo lo abarca: las conductas de tipo económico, religioso, fraternal, educativo, político, cultural y otras por el estilo. Ninguna de ellas, ni tampoco su conjunto, representa la totalidad de las interacciones. Son partes abstraídas de la masa.

Sin caer en el estructuralismo, se trataría de saber cómo el sistema social preexistente en la dictadura asimiló o se resistió al «evento» histórico de un nuevo régimen democrático. La naturaleza accidental, aleatoria, improbable, singular, concreta, histórica del evento se enfrenta al comportamiento del sistema considerado. La vida política, entendida como un conjunto delimitado de interacciones, se inserta en otros sistemas sociales que la impregnan, la rodean e influyen constantemente en ella. No se dará una verdadera integración sin que los sistemas sociales por sí mismos pongan en marcha su auto-reestructuración.

Podemos habituarnos a los sucesos desdichados –por ejemplo, a los muertos en la carretera–; podemos, a pesar de nuestro rechazo, llegar a convivir con fenómenos muy graves: el terrorismo, las altas tasas de paro en contraste con el porcentaje más bien discreto de población activa, el atávico trampeo con las leyes del mercado. Una investigación como ésta desborda los límites sensatos de este Informe. No obstante, interesa tomar nota de algunas zonas fronterizas entre lo privado y lo público que ponen en evidencia las dificultades para pensar y tomar decisiones a largo plazo, por lo menos aquellas que pudieran optimizar nuestro capital humano, aumentar las expectativas de los jóvenes y de las mujeres, movilizar, en fin, a la sociedad hacia un futuro más ilusionante.

Muchos hombres de negocios experimentan ahora dificultades para entender las posibilidades de actuación en órdenes extensos y abiertos como pueden ser los mercados, la competitividad europea y mundial y otras formas de coordinación de la vida social, cultural y política. No sólo han cambiado los escenarios de actuación. Esta sociedad es el resultado de transformaciones profundas que afectan a las conductas individuales y colectivas. Más arriba nos hemos referido a las desviaciones –creemos que coyunturales– con más incidencia en la vida política. Las reflexiones siguientes se refieren a la sociedad como tal y la mayoría de ellas hunden sus raíces en el pasado.

En lo que atañe a la economía, es sabido que la política ha tratado de controlarla. Ahora se tiene la impresión de que la política debe estar al servicio de la economía: de la tasa de crecimiento, de la balanza de pagos, del déficit público... Tal vez se produce una reducción de lo político a lo económico. Se da por supuesto algo que podría producirse en el proyecto a largo plazo, pero no bajo el signo determinista del corto plazo: el desarrollo económico llevaría a un desarrollo social, que a su vez provocaría un desarrollo humano y éste un desarrollo político. Esta indefinición de roles y fronteras entre la vida económica y la política, por una parte, ha multiplicado las posibilidades de corrupción de los agentes políticos y, por otra, ha ensanchado el campo de influencia de los personajes de las finanzas y de la gran industria en la política. Más aún, ha facilitado que criterios y formas de organización y de gestión propios de la sociedad y menos respetuosos con los intereses generales invadan el campo del Estado. Podemos mencionar, a modo de ejemplo, algunas de las tendencias emergentes más características, aunque se hallen enraizadas en hábitos o conductas heredadas.

Hemos pasado, sin solución de continuidad, de la «eurobeatería» al «euroescepticismo» más profundo. No se informó suficientemente sobre los inconvenientes y las ventajas de nuestra integración en Europa. Los debates parlamentarios parecían darlo todo por supuesto. Nunca se habló concretamente de los costos sociales, de la limitación de soberanía, del déficit democrático, de los cupos de producción, de nuestra seguridad, de nuestra situación geopolítica periférica... El ingreso se presentaba como obvio, exento de riesgos y sacrificios. La cultura comunitaria llegó a los estratos sociales de los hombres de negocios y de los profesionales, a los eurodiputados y a pequeños círculos en los centros universitarios. Faltó un discurso periodístico común, predominó en los medios el reduccionismo a lo económico, y éste contemplado a través de los intereses locales más cercanos. El discurso europeo optimista de las proyecciones de Maastricht se debilita rápidamente con las turbulencias monetarias y la resurrección de viejos fantasmas nacionales que habían sido silenciados⁵. El seguimiento de las instituciones financieras y empresariales fue puntual, a corto plazo. Nunca concretando las ventajas y sacrificios a largo plazo.

⁵ Para una información casi exhaustiva sobre este tema puede verse «La Unión Europea en los medios de comunicación» en el *Informe Anual de Fundesco 1994*, editado por Fundesco y la Asociación de Periodistas Europeos.

La posición dominante de las «nuevas clases medias» (60%), surgidas del esfuerzo de la persona para superar su categoría social, está relacionada con el robustecimiento de la cultura del «éxito» inmediato, con el deseo de asegurarse el futuro con «una carrera», con unas «oposiciones» a un puesto de funcionario de alto nivel en la Administración y con el cultivo de amistades como clave de lo que se busca: «triunfar en la vida». Si lo que importa es competir para ganar pronto y a toda costa, sólo podremos movernos en el estrecho horizonte del corto plazo. La cultura del largo plazo está asociada al riesgo de perder.

El sector más dinámico de estas capas sociales provenía de la universidad de los años 60. A la «moral del triunfo» añadían la inquietud reformista. Su presencia en la sociedad española explica muchos de los fenómenos del decenio de los 80. Entre ellos abundaban los que habían completado sus estudios en el extranjero. Economistas, ingenieros, gerentes, juristas... bien pertrechados de conocimientos ocuparon los puestos ejecutivos de las grandes empresas y los cuerpos más altos de la Administración. Llegaron a los niveles de mando en la gran empresa, pero rara vez a los de poder. Estos buenos gestores casi nunca tuvieron la posibilidad de pensar a largo plazo. Les preocupaba mucho más su propia carrera.

En los Consejos de Administración seguían sentándose los mismos apellidos del poder, preocupados también más de ellos mismos, de su patrimonio, de su imagen y de sus relaciones con el poder político que de los intereses de la empresa. La mayoría carecían de visión de futuro. Pudieron pensar que estos «vivos ejecutivos» podrían destronarles. Por empeñarse en mantener todo el poder, no supieron distinguirlo del mando, que correspondía a los profesionales, ahora mejor capacitados. La mayoría de los proyectos de reciclaje que se hicieron fueron de urgencia y a corto plazo. Un fin de semana en un centro de formación empresarial, sin un plan específico de conjunto para la empresa, se convirtió en recurso general. Querían seguir viviendo de manera diferente en sus grandes mansiones de la periferia urbana, situarse en el cruce de influencias del Estado y de los poderes sociales, aunque para ello la empresa tuviera que pagar yates, cacerías y fundaciones de imagen. Cambiaron algunos rostros, pero en el fondo eran los mismos, con sus conductas y su visión del futuro. Su capacidad de adaptación a los distintos gobiernos ha sido extraordinaria. Las autopistas, el gas, el sector eléctrico, los carburantes y las constructoras son monopolios de la banca o del Estado.

Otra consideración importante se refiere al *concepto de profesionalidad*. Los llamados «profesionales» ocupan, como es lógico, los pue-

tos más activos de nuestra clase dirigente: economistas, juristas, ingenieros, médicos, sociólogos y periodistas. La profesionalidad se ha convertido en una exigencia inexcusable para el ejercicio de cualquier oficio, tanto más de aquellos de los que dependen la salud, el bienestar y el patrimonio de todos. Pero lo que abunda es el concepto parcial de la profesionalidad. Se juzga a un profesional por su nivel competencial o por los éxitos que obtiene. Todos sabemos que un buen cirujano no es el más impuesto en el conocimiento y uso de la tecnología quirúrgica, aunque ésta sea fundamental. Tampoco podemos llamar profesional al abogado más experto. El médico y el abogado serán buenos profesionales si, además de su competencia, demuestran su responsabilidad social con el enfermo, con el cliente y con su entorno social. Una verdad tan simple ya no se ve tan clara en el conflicto de valores dentro del cual se debate el profesional. La conciencia moral, la ética profesional, constituye hoy la medida de la profesionalidad.

La necesidad de trabajar en equipo impone un *cambio profundo en el sistema de dirección*. Ya no existen o no tienen futuro los profesionales y empresarios del «orden y mando». Ni la clínica ni el bufete, y mucho menos las organizaciones económicas, admiten el trabajo en solitario. Por otra parte, las clásicas organizaciones poco a poco han dejado de ser significativas adoradoras de sí mismas, enfermas de esclerosis. Las innovaciones tecnológicas han cambiado radicalmente el modo de trabajo, hasta el punto de cuestionar el viejo concepto de «profesión liberal». El médico depende de los analistas, en los bufetes colaboran diversos especialistas, por no hablar del resto de las profesiones que se llamaban «liberales».

La gran cuestión de la permanencia en el tiempo de un proyecto, es decir, del largo plazo, es fundamentalmente de tipo moral. Hemos asistido a la atrofia del sentido del deber. Nuestra tarea moral consiste en rehumanizar el sistema de las relaciones laborales, productivas y profesionales.

El cambio del modelo de dirección en las organizaciones económicas requiere una rehabilitación ética. Lo traemos aquí a modo de ejemplo en la organización del trabajo profesional. El modelo de dirección piramidal, reforzado por el control férreo de los objetivos propuestos, por una parte, se ha hecho inviable y, por otra, resulta claramente insuficiente para lograr la «calidad total» del producto. La ampliación del círculo de colaboradores es un requisito indispensable del éxito económico en la actualidad. Ya no sólo importan los accionistas, cuyos derechos se reducían a cobrar periódicamente los legítimos di-

videndos. Los proveedores, los trabajadores, los distribuidores, los competidores, los clientes, las entidades financieras y educativas, en una palabra, toda la sociedad civil y el Estado han pasado a ser los «interlocutores» de cualquier proceso de producción y de la dirección de ese proceso. El concepto de «integración en un proyecto común» es hoy la clave del desarrollo.

El verdadero «capital productivo» es la capacidad de innovar aplicando los nuevos conocimientos. Ahí reside propiamente la novedad del cambio de poder. Por la misma razón que nadie puede delegar su saber en otro, tampoco nadie puede desentenderse de la responsabilidad moral implícita en ese saber. El poder tiene que ser participativo desde la cúspide del organigrama hacia la base de la organización, donde radica el saber. Los usuarios, los distribuidores, los competidores, los obreros y los mandos intermedios tienen mucho que decir sobre el producto. Este cambio de orientación en la dirección de las empresas encontrará la resistencia de los que siguen anclados en el «cortoplacismo». La ética no es una herramienta de *marketing*, como un elemento decorativo de la imagen de la compañía. Por el contrario, si llega a impregnar todo el proceso directivo y todas las áreas funcionales de la vida de la organización, se convierte en el primer factor de la rentabilidad del capital humano. La preocupación por el impacto ambiental y la comunicación de la empresa con la sociedad, basadas en la confianza y en la verdad, son los mejores indicios de este nuevo talante ético.

Las organizaciones económicas están llamadas a desempeñar un papel relevante como configuradoras del futuro y diseñadoras de los fines y valores por los que merece la pena esforzarse. La empresa es una escuela de sociedad civil. El liderazgo o la *auctoritas* en la empresa adquieren un papel relevante que, con las adaptaciones precisas, debería ser trasladado a la comunidad civil y política. La representación democrática tiene que equilibrarse con el liderazgo. Los «estados de ánimo» de una sociedad volátil tienen que ser no pocas veces tranquilizados por la *auctoritas* del líder. Existe una gran diferencia entre los líderes políticos fabricados a golpe de asesores de imagen y aquellos otros capaces de lograr consensos, de fijar metas y prioridades, en una palabra, de generar confianza en las gentes para liberar energías con el fin de alcanzar objetivos comunes, sociales, económicos y políticos. De todo esto cabe esperar poco al margen de la ética y de la responsabilidad moral. El subconsciente colectivo tiende a dejarse llevar por el escepticismo, como si el mundo se moviera a impulsos de acuerdos entre los más poderosos.

Hace ya 70 años que Hans Kelsen señaló como esencia de la democracia el compromiso permanente entre la mayoría y la minoría en los grandes asuntos de la dirección del país. Esta es la gran cuestión moral del sistema democrático. La que permite poner en marcha un país y comprometerlo en la visión larga del futuro. Si esos proyectos no están vigentes, ni siquiera será posible gobernar el presente.

3. Soñar como poetas sin confundir la realidad con la ficción

Ahora conviene recordar una cita de Giovanni Sartori, el más célebre de los politólogos italianos: «La democracia es el nombre redundante de algo que no ha existido nunca»⁶. ¿Se trata, entonces, de un sueño, de una ilusión, de un milagro? ¿Cómo explicar que esta referencia imprecisa y mítica haya llegado a ser en este final de siglo la garantía universal de la convivencia entre los pueblos? La audaz afirmación de Sartori pretende poner de relieve el abismo existente entre la visión ideal de una forma específica de gobierno y su realización práctica. La democracia se enriquece en esa tensión que se da entre el sistema normativo de valores y el modo concreto de organizar el poder político. En tanto que normativo, persigue ideales difícilmente alcanzables; como sistema político particular es una forma nunca perfecta de gobierno: el peor de los sistemas, excluidos todos los demás, según la expresión de Churchill.

No es casual que las críticas se concentren ahora sobre las democracias liberales. Una vez que el modelo económico comunista ha perdido la posibilidad de alternancia, podemos centrar el rigor crítico en los desajustes y en las injusticias del liberalismo capitalista. La democracia es un proyecto, una idea, y, por tanto, una irrealidad. Cada decisión que pueda tomarse debe estar destinada a ser superada por la siguiente. Pero el proyecto es la irrealidad necesaria para transformar la realidad real.

La frontera entre lo real y lo ideal será siempre insoluble. Entre ambas se entabla una dialéctica que lleva en sí misma la necesidad de la distinción. Confundir la ficción con la realidad es una forma de lo-

⁶ G. Sartori, *Théorie de la démocratie*, París, 1973.

cura. Lo sensato será tratar de mejorar la organización desafiándola desde el sistema normativo. No de otra manera actúa la inteligencia creadora.

Resulta fácil oír las estridencias de la maquinaria político-institucional de la democracia. El declive y la casi marginación del Parlamento ante la emergencia del debate de la opinión en los medios; la burocratización de los partidos, el debilitamiento de su representatividad social y su alejamiento de la sociedad; el proceso de personalización del poder, ayudado por las nuevas tecnologías, que le permiten mantener comunicación directa con los electores sin el debate mediador del partido, convertido ahora en simple oficina general del líder principal para captar votos; la financiación del gran aparato del partido; los sistemas de control del poder; el absentismo electoral; la independencia del poder judicial, etc. Las críticas son generales en la práctica totalidad de las democracias occidentales. España no es una excepción en cuanto a los síntomas disfuncionales de las instituciones democráticas.

Ahora bien, el sistema democrático no puede identificarse solamente con un «código de conducta» de las personas que encarnan a las instituciones. Aunque el juego de las reglas sea esencial, la pretensión de ajustar las conductas personales nos perdería en el mito de Sísifo. Importa mucho más que las instituciones actúen en la legalidad y que su funcionamiento se ordene siempre a los grandes objetivos del sistema democrático. A pesar de la retórica imperante en España, muchos parecen estar encerrados en la visión mecanicista, como si la comunidad política fuera un artefacto cuyos engranajes bastara mantener engrasados y relucientes. El ajuste de cada una de sus piezas, e incluso el funcionamiento mecánico de todo el conjunto, no garantiza por sí el logro de los objetivos democráticos. Si no es suficiente el reajuste como tal, habrá que dedicar mucha más atención a la adecuación entre los medios y los fines. El funcionamiento del Parlamento y de los partidos, la celebración de las elecciones, los mecanismos de control del poder y los tribunales son indicadores aproximativos. Más allá de esta mecánica, la calidad de una democracia se mide por el vigor de sus instituciones, es decir, por el grado de realización de valores normativos tales como la libertad, la igualdad y la justicia.

Aristóteles, Montesquieu y Rousseau no conocen otra degeneración que el reiterado funcionamiento ilegal de las instituciones, si bien esto puede producirse por la generalización de las conductas depravadas de los actores que las encarnan. No creemos que sea éste el caso de España. Abundan las pruebas para demostrar que esto no es

una república bananera. No se pueden identificar las prácticas detestables de determinadas personas al frente de algunas instituciones del Estado con lo que significaría la corrupción de dichas instituciones, el funcionamiento ilegal de las mismas. En todo caso, sería preferible un sistema moral de hombres inmorales a un sistema inmoral de hombres morales.

La democracia es un sistema imperfecto precisamente porque sus instituciones están encarnadas por seres libres que pueden mantener las normas de funcionamiento institucional sin destacarse por conductas ejemplares, sin esforzarse por la justicia y sin dar siempre la primacía a los intereses generales. El término corrupción, tal como es utilizado en las sociedades occidentales, responde a una concepción más estrecha, útil para estigmatizar al adversario al condenar ciertas prácticas, generalmente individuales, de pernicioso intercambio social, secreto y del que se sirven los agentes políticos para cobrar el ejercicio del poder o de su influencia. Nadie puede dudar que dichas prácticas son absolutamente reprobables. Pero esta concepción reducida de la corrupción, sancionable por el Código Penal, corre el riesgo de dejar en la penumbra o incluso perder de vista las verdaderas corrupciones.

El universo político posee reglas propias y excluye argumentos y comportamientos perfectamente legítimos en otras esferas. «Los ciudadanos entran en el foro político exclusivamente con sus argumentos: todos los bienes no políticos (armas, cartera, títulos) deben dejarse fuera, en el vestuario» (M. Walzer). Es verdad que esta afirmación se inscribe en un universo ideal, pero sirve como criterio para diferenciar las conductas democráticas de los hombres políticos: los votos no se compran, todo tipo de violencia está proscrito. Con otras palabras: a falta de construir el mejor de los mundos, todo sistema que se precie de democrático tiene que mostrar claramente la tendencia al logro de estos objetivos, corrigiendo sin cesar las desviaciones y mejorando los resultados.

Es más fácil denunciar los abusos concretos de este o de aquel agente político que la impalpable y lenta degeneración de las instituciones. Ambas corruptelas son inaceptables, pero no puede compararse la gravedad de la segunda con la fácil extirpación de la primera, a pesar de la irritante indignación popular que ésta suele provocar. Sencillamente porque la institucionalización de la ilegalidad deja a los ciudadanos desvalidos ante la inseguridad y las injusticias. En vano esperaremos los efectos enriquecedores de la tensión dialéctica entre lo real y lo ideal, entre la realidad y el proyecto, cuando los me-

canismos institucionales previstos para corregir los abusos ya no son utilizables. Sólo el exceso de partidismo puede explicar la ligereza de identificar la corrupción de las personas con la de las instituciones. Hablar de corrupción del sistema, servirse de comparaciones retóricas con otras repúblicas que llevan la corrupción en el corazón mismo de sus instituciones, es, por lo menos, irresponsable. Si se trata de conquistar la institución del poder convendría no caer en la frivolidad de desprestigiarlo de antemano.

A los españoles nos gusta echar siempre a otros las culpas de nuestras desventuras y, a ser posible, señalarlos con nombres y apellidos. No hemos resuelto casi nunca de manera satisfactoria la tensión platónica entre el espíritu y la materia, entre las ideas y la realidad, entre los principios y los hechos, entre el proyecto ambicioso y los logros modestos, entre los individuos concretos y las instituciones abstractas. Como si perteneciera a nuestro genio hispánico el hábito de resolver los dilemas eliminando uno de sus términos. O nos dedicamos a la realidad presente o intentamos liberarnos de ella dejándonos encantar por la ficción, como si hubiéramos logrado suprimir las tercas barreras que separan la ficción de la realidad.

Las intervenciones de los políticos y los comentarios de los medios recuerdan no pocas veces las justas y torneos de los «caballeros andantes». La genialidad de Cervantes consistió en saber recrear el mito sencillo de la insoluble dialéctica entre lo real y lo ideal. Emerge con facilidad el «pensamiento mágico» y casi se hace señor de nuestra vida política. Se hacen discursos que no están muy lejanos de los «libros de caballería». Toda una retórica en defensa de la democracia ideal, sin analizar los problemas, sin observar la realidad y sin apuntar los remedios concretos a los males de nuestra democracia real. Se da un cierto contenido simbólico al deseo de combatir por el placer mismo de exhibirse. La novela caballescica fue una auténtica realidad social: los caballeros imitaron a los héroes de la ficción y ellos mismos fueron modelos en los que se inspiraron los novelistas. No deberíamos olvidar este juego de nuestros libros de caballerías que se reproduce ahora en el encantamiento de determinadas visiones idealizadas de la democracia.

«El hombre de acción es ante todo un poeta», escribió André Maurois. La frase en sí encierra también la contradicción. Se trata propiamente de revalorizar al sujeto devolviéndole todas sus posibilidades creadoras. No hay desarrollo de la inteligencia humana sin una afirmación enérgica de la subjetividad creadora. Creamos cuando somos capaces de seleccionar la información, de dirigir la mirada sobre la re-

alidad, de guiar la atención, de elaborar un plan y de mantenerlo en la conciencia. Sólo entonces podemos fijar nuestras propias metas. El hombre llega a ser propiamente sujeto cuando el conocimiento de la realidad adquirido le hace capaz de transformarla, de adaptarla a sus necesidades.

Sin poesía, sin imaginación creadora, la acción es corta de vista, se desnuda de proyectos y no vemos más que los tonos grises de la realidad. El político queda convertido en un simple y mediocre gestor, en un contable de pequeños negocios, que se limita a vigilar los *stocks* y reducirlos a cifras para preparar los presupuestos. Pero sin la realidad del día a día, empapados en lecturas de ficción política, enloqueceremos como el caballero de la triste figura.

«Don Quijote, como estaba loco, siguió el itinerario que podía llevar a unas empresas en su siglo ya caducadas; si hubiese estado sano, hubiera hecho lo mismo que tantos otros contemporáneos suyos: desde La Mancha dirigirse a Sevilla, y de allí embarcarse para las Indias, donde era más factible que en Puerto Lápice *meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras*»⁷.

⁷ Martín de Riquer, *Caballeros andantes españoles*, Espasa-Calpe, Madrid, 1967, p. 170.